

372-6
Ricardo Becerra



La Patria y el Partido



M441 Pra 9

8/2

LONDRES

IMPRESA DE AUG. SIEGLE,

30, LIME STREET, E.C.

—
1901



CREEMOS que el siguiente escrito del doctor RICARDO BECERRA debe ser mejor conocido y divulgado en América y en Europa. Es una exposición clara é imparcial de los sucesos más salientes de nuestra historia política, y una apelación ardiente y generosa al patriotismo de los partidos colombianos que ahora están desangrándose en una lucha digna de ideales menos circunscritos y caseros. Es una palabra de amor y de cordura que debe abrirse paso entre los combatientes y disipar el humo de los combates fratricidas en que nos exterminamos años tras años y generación tras generación, persiguiendo el público bienestar por medio de la pública desgracia, y el progreso, por medio de la barbarie de épocas que la humanidad recuerda con horror, y condena á cada paso. Es preciso que escuchemos esas voces de patriotismo y de caridad, si no queremos desaparecer del mapa de los pueblos civilizados é independientes.

En edades ya muertas, los torneos caballerescos decidían de la justicia de las causas; las guerras de Señor contra Señor establecían las fronteras de feudos y de reinos, y la espada era la voz de la razón y de la sinrazón. Entonces, la misma ciencia, así como también el idioma de amor del Cristianismo, se enseñaron á los pueblos con la punta de las lanzas y de las disciplinas, y las ideas se abrían camino por medio de la fuerza bruta. Pero hoy, la humanidad tiene á su servicio la lengua de fuego de los periódicos, y los progresos los consuma la razón. Esas justas medioevales se fueron para no volver, y no tienen razón alguna de ser en los modernos torneos de la paz y del trabajo, que hacen grandes y poderosos á los pueblos en vez de empequeñecerlos con la pérdida del amor y de la sangre.

Las revoluciones no han fundado nada entre nosotros; y lo que acaso hayan alcanzado en otros pueblos no debe atribuírse al poder mismo de las armas, sino á la pujanza de las ideas y de los hombres que las prepararon y las sirvieron antes y después de someterlas al fallo de la fuerza material que, como todo lo que es inmaterial, es bruto y ciego. Tratar hoy de establecer construcciones perdurables por medio de la destrucción, es hacer oídos sordos á la historia repetida de la humanidad, que no ve ya en los dioses de la guerra y exterminio los ídolos viejos del hombre y de los tiempos, sino el azote de las edades y de los pueblos. Los últimos de esos dioses de la destrucción, horrorizados de su obra, han tenido que contemplar la agonía y desmembración de los países que se propusieron hacer grandes con la punta de sus espadas segadoras, y el avance de las generaciones que borran los linderos fabricados por la espada, fundando esta patria sin vallas y sin límites de la civilización y de la paz. Ellos fueron fruto tardío de las matanzas medioevales. Creyeron que el mundo era aún de los fuertes, y no comprendieron que la fortaleza de estas edades estaba ya fundada en el vigor de la razón y en el empuje del vapor; por eso desoyeron las voces del progreso, y por eso fueron vencidos con las armas de las milicias nuevas de la humanidad.

No desoigamos nosotros la voz de ese anciano compatriota que nos habla proféticamente desde tierra extraña y desde el fondo de su corazón entristecido por el espectáculo de nuestra lucha. Habiendo él perdido el uso de sus ojos de la carne, ve más lejos que nosotros porque se reconcentra en la paz y claridad

de su alma atribulada y transparente; y teniendo que dictar—cual nuevo Milton—á sus hijas, la hermosura de su prosa y lo ternura poniente de sus palabras de amor y de cordura, son justas sus palabras porque pasan de los labios tranquilos del apóstol á las manos inocentes de sus dulces y hermosas amanuenses.

Escuchemos ese recuento de nuestras desdichas y tanteos, y contemplemos la pintura que nos hace. Será saludable esa mirada retrospectiva y escrutadora del pasado. No tenemos que ir á ajenas historias en busca de lecciones: la nuestra nos enseña con verdad abrumadora la injusticia de las revoluciones y lo infructuoso de las luchas á mano armada. Sobre todo, nos está diciendo á voces la barbarie del procedimiento, y lo inusitado que éste es en la presente hora de la civilización.

Corremos grave riesgo de perder nuestra unidad—como nación por el momento, y, más tarde—y talvez no demasiado tarde—nuestra libertad como nación. Perderemos la primera, porque en medio del estruendo y fragor de los combates, aún hay en el país pueblos que trabajan y que quieren trabajar, como el de Antioquia; y esos pueblos no tardarán en preguntarse porqué les exigimos sacrificios de sangre y de dinero, cuando ellos lo que necesitan es de paz, y á ellos nada les importan nuestras sangrientas carnicerías, si no es por la contribución de sangre y de riqueza que les imponemos cada día. Y perderemos nuestra libertad como nación, porque estamos dando un certamen de barbarie y comprobando diariamente nuestra falta de derecho á ser un pueblo libre, y á manejarnos por nosotros mismos. En el país hay muchas vidas y capitales extranjeros que exponemos á cada paso en el salvajismo de las revoluciones intestinas; el mundo necesita de paz y de trabajo; el mundo nos había respetado y nos ha venido respetando porque somos los hijos de la landa, y porque esperaba que nos corrigiésemos; y las naciones civilizadas nos dejaban combatir, porque su atención estaba fija en otras partes, y porque todavía no sonaba la hora de llamarnos á estrecha cuenta. Ahora, todo es distinto: las razas fuertes necesitan expansión y tierras nuevas para despararmarse; el mundo marcha, y en su marcha, le atraemos sus miradas con el estrépito de nuestras carnicerías; los pueblos que se despedazan—como el nuestro;—los pueblos ingobernables porsimismos, son el pasto de promisión de los pueblos que se dejan gobernar en su propia casa, y que por eso son poderosos en la ajena. Nuestra posición geográfica es el sebo tentador más apetitoso, y nuestra riqueza natural abre los apetitos extranjeros. Nosotros no la explotamos, y como andamos abismados en nuestras revoluciones, presentamos ancha brecha al invasor, y mostramos la flaqueza de nuestro organismo, que se desangra á todo correr por todas las heridas de nuestros combates fratricidas. Estamos desapareciendo como raza, porque no tenemos más oficio que el de matarnos en sangrientas carnicerías; y estamos desapareciendo como pueblo libre, porque decimos diariamente al mundo que no tenemos derecho á ser nación, ni á gobernarnos por nosotros mismos, puesto que no sabemos gobernarnos ni tolerar nuestros gobiernos criollos.

Rodamos vertiginosamente á un precipicio; ojalá que nos detengamos en tiempo. Escuchemos esas palabras de cordura, y salvemos á la patria. Rodeemos todos ese cadáver de nación, y curemos sus heridas. No demos más al mundo este espectáculo de nuestra debilidad y salvajismo, para no comprometer más aún la libertad de que tan malos usos hemos hecho hasta este día. Nuestras faltas son comunes, y común nuestra responsabilidad; ponga cada cual un grano de abnegación en la pacífica lucha de la reconstrucción moral y física del país, y por medio de esa general abnegación lograremos legar patria á nuestros hijos, y vivir los últimos días en relativa tranquilidad. Hagamos patria grande, y olvidemos la chiquita—la patria de nuestras exageraciones de partido y de nuestras luchas incesantes.

A.R.

La Patria y el Partido

(APROPÓSITO DE UN MANIFIESTO DE TREGUA)

Acabábamos precisamente de revisar la colección de los escritos políticos de Salvador Camacho-Roldán, el compatriota ilustre desaparecido no hace mucho de la escena de la vida,—pero no de la memoria de sus conciudadanos, quienes por el contrario lo recordarán siempre con gratitud y con legítimo orgullo,—cuando llegó á nuestras manos como para establecer dolorosísimo contraste entre épocas y hombres y marcar la grandeza y decadencia de un partido político, el manifiesto ó más bien proclama que bajo formas presuntuosas é imperativas, más propias del victorioso conductor de una causa que del obstinado autor de su desastre y el de la patria, ha dirigido recientemente á los liberales de Colombia el señor Rafael Uribe-Uribe, verdadero Jefe y principal responsable de la horrenda carnicería que hace diez y ocho meses cubre de ruinas morales y materiales el suelo colombiano. La comparación, muy triste por cierto entre la ética política elocuentemente profesada por uno de los más autorizados voceros del liberalismo histórico, y la consigna de odio atrida con programa de guerra á cuchillo, previa una suspensión de hostilidades destinada á reconfortar ese odio y armarlo más eficazmente para su obra de exterminio, nos ha inspirado las reflexiones que nos proponemos exponer serenamente en el curso de este escrito, sin más objeto que el de impedir,—hasta donde lo puedan las enseñanzas de la historia, la voz de la razón y los dictados del patriotismo,—que el grito anti-social y de lesa patria ejerza en la masa de nuestra democracia, dramática como lo son todas las democracias, la funesta influencia que su autor tiene en mira.

Alma generosa, carácter austero mas sin estrechez de espíritu y sólo por voluntaria limitación dentro de las líneas del deber bien comprendido; moralista político y pensador trascendental, nutrido en el profundo estudio de la historia, considerada como la ciencia á la vez que la filosofía de los hechos que ella narra, Camacho-Roldán lejos de aceptar combatió siempre con su palabra y con sus actos la perversa doctrina, instrumento de tiranía en todas las épocas y bajo toda clase de gobiernos, según la cual, todo nos es permitido en política, el crimen inclusive, la destrucción misma de la patria si fuere necesario, á trueque de asegurar el triunfo de nuestro partido y el de la causa que él representa, si es que representa alguna. La noción de patria que Camacho tenía, era en verdad incompleta, porque al igual de todos los que como él recibieron en su juventud la influencia funesta del jacobinismo francés, tan prestigiosamente prolongada, ora con la defensa, ora con la disculpa ó la atenuación de sus crímenes por historiadores ilustres, algunos de ellos dotados de irresistible poder mágico, Camacho rechazaba el espíritu de tradición y databa únicamente en 1810, si no también en la fecha de las abstracciones políticas de su partido, la existencia de su país. Para él, como para los demás